

Bienvenidos de nuevo a la Pedrera. Esta es mi casa, como algunos ya sabéis. Si habéis leído *La última vecina* y *En buena compañía*, no hace falta que me presente, pero me gusta hacerlo así: soy Martina Meseguer, una de las pocas personas en el mundo que tiene la suerte de dormir cada noche en un edificio proyectado por Gaudí.

Lo que me define más en este momento, es que de un día para otro he tomado conciencia de que me he hecho mayor. Durante la pandemia, la edad se convirtió en un criterio obsesivo. En los medios de comunicación se repitió hasta la saciedad que las personas de mi quinta pertenecían a la franja de población más vulnerable. Personas frágiles, de alto riesgo, el colectivo de la tercera edad.

Pues bien, los números mandan y yo ya me encuentro ahí. He dejado de ser una mujer madura para convertirme en una adulta mayor, o en una viejecita —lo escribo en diminutivo para rebajar su gravedad—. Un cambio brutal y sin vuelta atrás. Una nueva realidad. Un lugar en el que me estoy instalando con asombro, por no decir con gran perplejidad.

La edad biológica es un hecho y no todos envejecemos igual, pero, dejando a un lado los matices, siento que ante mí se abre una nueva etapa que *a priori* me produce aprensión. No me extrañaría que no poder celebrar mi último cumpleaños haya tenido algo que

ver. Coincidió con algún tipo de reacción a la tercera vacuna contra el coronavirus y acabé en la cama con fiebre. Tres días bajo el edredón que me impidieron soplar las velas sobre un pastel. Mis cumpleaños han sido siempre motivo de alegría, de mucha alegría. Este año no ha podido ser.

He cumplido sesenta y seis.

Los viejos «de verdad» tienen ochenta, o más.

Pero yo me siento vieja, y cualquier persona joven cuando me vea, o le confiese mi edad, me comprenderá.